

cito por una noche, concluyendo con la terrible visión del incendio de Puebla...

Como la gravedad continuaba se pensó en llamar á un médico que pusiera remedio á la situación; pero allí fueron las divergencias. Don Bernabé se cerró á la banda y prohibió que se hablara de otro médico que del doctor Hernández, que curaba á todos los señores canónigos. Se mandó por Hernández; pero cabalmente el señor ex catedrático de Medicina de la Universidad de México sufría de una ciática que le tenía en un grito.

En Rodríguez no había ni que pensar: era quien acababa de matar, según aseguraban sin atenuaciones las úlceras, á la mayor de entre ellas, y perderían las amistades si se ocurría á aquel matasanos.

Doña Pancha opinó por el tratamiento de Raspail: alcanfor, baños fríos y compresas de agua caliente; el librejo lo decía: ninguna fiebre dejaba de ceder.

— ¡Ay, señora! observaba Eugenia; pero si se me resiste eso de bañar á Miguel como está, ardiendo en calentura... No sea que por aliviarle le vayamos á traer la muerte...

— Pues como le parezca, *mialma*, decía la otra incomodada... Yo le aconsejo lo que sé; si quiere toma el consejo, y si no, no me hace caso... y tan amigas como antes.

Alguien discurrió ver entonces á un físico de la tropa, y como Eugenia no sentía gran respeto por el protome-

dicato de la Angélica, se acordó llamar al doctor Burguiccianni.

Llegó el médico é hizo el examen de Miguel, que estaba enteramente postrado y sin movimiento.

Vió, palpó, tanteó, auscultó, preguntó, tomó informes, y al fin dijo como al descuido:

— Es un caso de tifo exantemático bien caracterizado... Ahora hay mucha enfermedad en la plaza... Afortunadamente no se presentan complicaciones... Mucho aseo, mucha higiene y mucho cuidado para evitar corrientes de aire... ¿Qué grado tiene?... Bien; yo daré cuenta al Cuartel general... No fué el único que resultó con su fiebre á causa de la lluvia del cinco... El ejército salió anteayer y es probable yo tenga que incorporármele; pero si salgo, dejaré bien encargado al enfermo... Adiós, señoras.

El médico no salió de la ciudad, sino que estuvo ocurriendo diariamente, aunque sin contentar á don Bernabé.

— Para mandarle pelar al rape, ponerle sanguijuelas detrás de las orejas, darle agua de quina con vino carlón y atole tres veces al día, no vale la pena ser médico... No mandar poner hojas de *tianguistapette* ó de fresno debajo de la cama, no disponer que le coloquen en la boca del estómago un pollo abierto en canal y no fortificarle con substancias, son cosas que no comprendo cómo se le hayan pasado... Pero en fin, yo me lavo las manos.

El delirio era más intenso y las remisiones más cortas; á medida que el tiempo avanzaba, Miguel ya no quería abandonar la cama, porque estaba siempre caído; pero el hervir de la cabeza no desaparecía un momento.

— ¿Por qué me han cortado el pelo? ¿Por qué me han puesto la *choca*? ¿Acaso he cometido alguna acción baja ó fea para que así me traten?... *Chango*, Manuelón, vengan por aquí; esta es la entrada; arriba; yo ya estoy arriba... Dejen á Corral para que se le coma el campanero... Aquí tocaremos las doce, y aguardaremos hasta llamar el rosario y dar la oración... Miren, allí está San Ildefonso... Burgoa siempre paseándose y leyendo el Vinnio... Candingas, allí, en el puente del Cuervo está tu casa, y dentro la linda Vicentita. ¿No me la das?... Señor, llegué un poco retardado, porque no me permitían pasar las gentes que celebraban esa victoria nuestra de hoy... Todo, todo está lleno; Puente de San Francisco, Plateros, Vergara, Coliseo; tuve que dar la vuelta hasta el Factor... En Guardiola hay la mar de gente: todos lloran, todos se abrazan, todos se alegran de que hayamos obtenido esa ganancia contra los franceses... El que lee los telegramas es Prieto, el administrador de Correos... ¡Qué voz tan bella tiene! todos le oyen con atención y él derrama lágrimas de contento!... ¡Qué día tan hermoso!... Ya sé que hay mucho quehacer, pero en este momento arreglo mis manguillos de lustrina, tajo mi pluma, requiero mi papel de oficio y al avío...

¿Que no hay oficina, que no trabajamos hoy porque el personal no se ha presentado á causa de que anda celebrando el cinco de Mayo?... Muy justo es; y me regocijo más porque así tendré oportunidad de ver á Ríos... ¡Hola, Mateo Ríos, insigne anatomista y queridísimo discípulo; ahora sí te darás gusto... Hay cadáveres hasta que te canses; solamente doscientos treinta del enemigo mandó quemar el señor Zaragoza, y aun queda el doble entre los nuestros y los de los extraños... Vamos á desorganizar la derecha... El punto débil es hacia donde está el oficial del caballo moro... Nos metemos, rompemos el cuadro, y no nos podrán resistir los demás... Usted, don Bernabé Sedeño, con su gran lanza luminosa, que lleva en la punta una centella con que fulminar á los enemigos, se encarga de derribar á aquel vejete de la gran barba, y al joven que le sigue, y á los tres soldados del 99 que están á la izquierda... A Chardón me le perdona; casi es un forzado; es tan liberal como nosotros; digo, tan liberal como yo, que usted viene aquí como sargento de la compañía de *Honrados* que levantó el Obispo de Puebla... su señor... Escuadrones... batallones... Mano al sable... A degüello... ¡March!... Que fusilen al cobardón de Tirso Rafael Córdova, porque no avanzó á tiempo y trató de incorporarse al francés... Prepar... Apunt... ¡Fue...!

En cada uno de los términos de la fiebre, los vecinos vaticinaban la muerte del enfermo.

— Mal andamos; hoy es el siete y hay que esperar que se pele; está de muerte.

— Hoy hace *cris* la enfermedad: es el catorce.

— No hay que dejar que pasen los señores padres de don Miguel; podrían pescar el tifo si entraran de golpe y porrazo, sin enfriarse ni tomar precauciones.

Pero no hubo manera de sujetar á mi señora doña Lorenza, ni siquiera á don Germán: habían llegado de México nada más que para asistir al enfermo, y tan luego como tuvieron un ratito de descanso y se aligeraron de ropa, entraron á la alcoba del febricitante.

Miguel estaba caído y no oía, veía ni entendía nada.

— Ahora es el veintiuno; dicen que hoy se resuelve todo.

Doña Lorenza se limpió los ojos con el pañuelo y comenzó á llorar en silencio. El Licenciado se acercó á la puerta buscando aire más puro que aquél, saturado de esencia de canela, de alcanfor y de olor de calentura. Eugenia en nada pensaba, y apenas si se veía á sí misma desde la cúspide de su dolor.

A las ocho metieron al cuarto un anafe con lumbre, agua, trapos, atole y chocolate. La mayor de las Vacas, que por turno tenía que velar esa noche, se presentó á la hora de reglamento armada de todas armas.

— No, Manuelita; ahora están aquí los señores y ellos se quedarán á hacerme compañía... ¡Ay, señor, no se figura



...entraron á la alcoba del febricitante.

cómo me han ayudado estas criaturas! Con razón don Bernabé las llama «las santas mujeres»... Y las Sedeños también no han faltado un día; y la madre, y Pachita, y todos han sido como gentes de nuestra familia...

— Dios se lo ha de pagar, dijo enternecido el buen caballero.

Salió la Vaca y empezó la velada triste, interminable, sin distracción ni arreglo posible. Pulsaba don Germán á Miguelillo y conocía que la calentura no era menor; le escuchaba y sentía apenas el ritmo del corazón. Las mujeres platicaban en voz baja, sentadas en sillas de costura.

— Para mí, dijo don Germán, no hay tal crisis esta noche.

Daban las doce y media cuando el Licenciado se acercó á la vela, resguardada tras un atajadizo, y vió que la cara del enfermo mudaba de aspecto.

— Creo que se muere, alcanzó á gritar.

Doña Lorenza cayó á los pies de la cama rezando las oraciones de los agonizantes, pues desde México había llegado provista de libros ya señalados con listones y hojas de papel.

« Cuando mis pies inmóviles me adviertan que mi jornada en este mundo toca á su fin, tened piedad de mí, Jesús misericordioso.

» Cuando mis ojos oscurecidos y turbados con la som-

bra de la muerte, levanten sus tristes y moribundas miradas hacia Vos, misericordioso Jesús, tened piedad de mí.

»Cuando mis parientes y amigos, reunidos alrededor de mi lecho, se enternezcan por mis sufrimientos y os invoquen por mí entre sollozos, misericordioso Jesús, tened piedad de mí...»

Eugenia estaba entretanto abrazada al cuerpo de Miguel y le decía cosas tiernísimas.

— ¿Cómo te vas, hijito de mi alma; cómo me dejas aquí, encanto mío? ¿Qué hago sin ti, que eres mi padre, mi madre y toda mi vida?... Miguel, Miguelito, óyeme, óyeme; yo soy, tu güera, tu *Génie*, tu francesita... ¡Ya está acabando!

Don Germán ocultaba sus lágrimas en el pañuelo, mientras levantaba en alto la vela, que semejaba un gran ojo fijo y reluciente.

Miguel se había incorporado, levantándose con las dos manos; había visto de frente al velón que su padre tenía; había abierto los ojos hasta dejar la pupila negra en medio de la esclerótica blanca; había meneado las niñas de los ojos; había echado hacia atrás la cabeza, y abriendo la boca una, dos y tres veces, se había dejado caer en la almohada estirando todos los miembros y haciéndolos crujir hasta quedar extendido cuan largo era...

La mujer y el padre guardaron silencio; la madre rezó entre lágrimas: «Sal de este mundo, alma cristiana, en el

nombre de Dios Padre Todopoderoso que te ha creado; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que ha sufrido por ti; en el nombre de Dios Espíritu Santo, que ha bajado hacia ti...»

Don Germán se acercó al lecho.

— ¿Ya? preguntó Eugenia.

— ¿Ya acabó? dijo doña Lorenza sin cesar de leer y de llorar.

Al cabo de un rato respondió el viejo:

— Todavía respira...

Siguió la señora invocando á los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, solitarios, frailes, vírgenes, santos y santas, cuando don Germán exclamó, sin querer que por ello adquirieran confianza las mujeres:

— ¡Todavía respira y le acaba de llegar un sudor copiosísimo!

— ¡La crisis, Señor!

Como media hora duraron en expectación los tres testigos; cada vez que se acercaban á Miguel veían que la respiración era igual, tranquilo el pulso, quieta la mirada y favorable todo el aspecto del paciente.

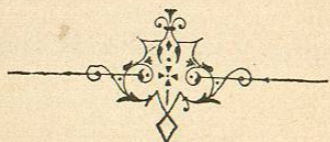
— Ahora, dijo don Germán á Eugenia, te acuestas á descansar un rato; ésta y yo velaremos.

Y la descendiente de los Bracamontes y los Ubiarcos

se echó en el suelo, en un mísero colchón, á descansar de las fatigas de tres semanas.

Doña Lorenza siguió rezando á la luz del velón, y el licenciado salió á echar un cigarrillo al corredor. La noche era clara; el cielo azul, dorado con el áureo polvillo de las estrellas, iluminaba la tierra con esa claridad indecisa que semeja la madrugada. Don Germán arrojó una bocanada de humo, se quedó mirando á la altura, y luego, dirigiéndose á Aldebarán, que lucía y se ocultaba como un fanal inmenso, le dijo alzando las manos:

— ¡Gracias!...



CAPITULO VI

La retirada de los seis mil

DOSOTROS los tristes, los solos y los abandonados; vosotros los que sentís hastío de la vida, la pérdida de las ilusiones y el desencanto que causa la infinita vanidad de todo, venid á mí, que poseo el remedio á vuestro mal y puedo dároslo sin que os cueste una peseta. Enfermaos, coged una dolencia que os ponga á las puertas del sepulcro ó que os lleve á él por la posta, y estaréis curados. Si morís, porque muriendo os libráis de todas las cargas de preocupaciones y pesares; si vivís, porque os vendrá tal amor á la vida, que consideraréis tan grande y tan hermoso habitar este valle de miserias, que al fin acabaréis por reconciliaros con todas las macas de nuestra menguada esfera sublunar.

Miguel pasó los primeros días entregado á la sola y egoísta satisfacción de haber salvado la existencia. Le